

Por esta razón, hoy es preciso recordar que la libertad religiosa y la libertad de practicar la religión de forma libre y pública es expresión de libertad social y ciudadana. La libertad religiosa es inseparable de la configuración democrática y libre del orden social. Nunca se ha silenciado tanto la vida de la religión mayoritaria entre nosotros, la fe católica en nuestra sociedad como se hace hoy. Parece como si quienes dirigen la opinión pública y pueden influir sobre ella desde los poderosos medios de comunicación se sintieran inseguros ante la libre proclamación del Evangelio y, como Herodes tuvieran miedo a la misma libertad religiosa que tan falsamente intentan aparentemente defender ocultando la realidad social de la fe católica o desfigurando el rostro público de la Iglesia.

Que esta celebración de la Epifanía del Señor traiga un año más para todos los cristianos el gozo de la salvación que Dios ofrece a todos de forma universal, que a nadie excluye porque a todos ama el Dios que es Padre de todos y en Cristo ha revelado su designio universal de salvación. La celebración de la Eucaristía en este día viene así a proclamar la universalidad de la redención de Cristo muerto y resucitado por nosotros y por nuestra salvación.

S.A.I. Catedral del Salvador
Epifanía del Señor de 2002

✠ ADOLFO GONZÁLEZ MONTES
Obispo de Ávila

HOMILÍA EN CONMEMORACIÓN DEL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ EN EL SANTUARIO DIOCESANO DE SONSOLES

Lecturas: Gn 2,4-9.15
Sal 126
Rom 8,26-30
Lc 5,1-11

Queridos sacerdotes de la Prelatura del *Opus Dei*
y de la Sociedad sacerdotal de la Santa Cruz;
Queridos miembros del *Opus Dei* y fieles laicos:

El pasado día 9 de enero se cumplían los cien años del nacimiento en Barbastro del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. Nacido en una familia profundamente cristiana, sintió de joven la llamada de Dios. Ordenado sacerdote en 1925, funda en Madrid en 1927 el *Opus Dei* como camino de santificación de los laicos cristianos mediante el trabajo y la vivencia en la fe de sus quehaceres temporales.

Años más tarde, en 1943 concibe la idea de dar al laicado del *Opus Dei* una sociedad sacerdotal, que quiso poner bajo la advocación de la Santa Cruz. En 1950 abrió a los sacerdotes diocesanos la posibilidad de asociarse a esta sociedad sacerdotal y participar de su espiritualidad, con ánimo de alimentar así su celo pastoral y vida interior, sin dejar de ser sacerdotes diocesanos y colaboradores de su propio Obispo.

El Beato Escrivá moría en 1975 en Roma, a donde se había trasladado definitivamente. Dejaba tras de sí una sociedad de vida apostólica que alcanzaba entonces los 60.000 miembros de unas 80 nacionalidades. El Papa Juan Pablo II lo beatificó el 17 de mayo de 1992.

Hoy nos reunimos en esta eucaristía organizada por sus hijos de la Prelatura, en este santuario de Nuestra Señora, al que él peregrinó el 2 de mayo de 1935, haciendo suya la promesa de un joven estudiante de arquitectura que había confiado a la Virgen su salud. Llegados a Ávila en tren, sin entrar en el recinto amurallado, se dispusieron los tres peregrinos a cubrir a pie el trayecto hasta la ermita. Rezaron una primera parte del santo Rosario mientras ascendían hasta Sonsoles, una segunda parte en la ermita y la tercera al regresar camino de la estación.

Me importa destacar aquí, no tanto la crónica histórica de los biógrafos del Beato Josemaría, cuanto las impresiones que de esta romería, como él la llamó y consideró, nos ha dejado en su conocido libro *Es Cristo quien pasa*. Dice el Beato: «María edifica continuamente a la Iglesia, la aúna, la mantiene compacta (...) Por eso me gusta repetir: *omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!*, «¡Todos, con Pedro, a Jesús por María!».

El beato contempla a María como un factor de unidad y no de separación entre los discípulos del Señor, precisamente por ser también madre del Cuerpo aquella que es madre de la Cabeza. ¿Cómo no hemos de subrayar esta visión de la función unificadora de María precisamente en esta Semana de Oración por la unidad de los cristianos que estamos celebrando? En efecto, María nos lleva a Cristo: «*Haced lo que él os diga*» (Jn 2,5).

Se trata de una función de aglutinamiento en torno a Cristo que, para ser mejor preservada, Cristo mismo, que entregó María a la Iglesia como madre, quiso también que tuviera en Pedro su «principio y fundamento visible de unidad». María y Pedro, dones de Cristo a su Iglesia, han sido, sin embargo, piedras de tropiezo en la historia de las divisiones eclesiales, siendo así que ambos fueron entregados por Cristo a su Iglesia para que ésta se mantuviera idéntica consigo misma, duradera en su propia verdad de Iglesia de Cristo. Con toda razón se ha podido decir que juntamente con las notas de la Iglesia, que la definen como una, santa, católica y apostólica, la Iglesia tiene en su cualificación *mariana* y *petrina* una referencia irrenunciable de su identidad, pues estas cualificaciones lo son de su identidad católica.

Hemos escuchado el relato del evangelio de san Lucas que narra el adentramiento de Jesús con sus discípulos en alta mar después de un trato extenuante con las masas. Eran tantos los que se agolpaban en torno a él que Jesús hubo de subir a la barca de Simón y pedirle que se separara algo de la orilla para mejor dirigirse a la multitud. Una vez la hubo despedido le ordenó: «*Rema mar adentro y echad las redes para pescar*» (Lc 5,4). Pero ¿cómo podían hacerlo si habían estado pescando toda la noche sin poder coger nada? Simón Pedro fió en la palabra de Jesús y se produjo el milagro. El llamado por Jesús a ser piedra sobre la que construiría Jesús su Iglesia, cayó en la cuenta de su indignidad de pecador movido por el estupor y la admiración ante la experiencia sobrenatural de las acciones de Jesús y del imperio de su palabra: «*Apartate de mí, Señor, que soy un pecador*» (v.8).

El ministerio de Pedro sirve a la unidad de la Iglesia y no deja de ser verdad, como señala el propio Papa Juan Pablo II, que «el ministerio del Obispo de Roma, el signo visible y la garantía de la unidad constituye una dificultad para la mayoría de los demás cristianos» (Carta encíclica *Ut unum sint*, n.88). Sin embargo, el ministerio de Pedro aparece ya en el Nuevo Testamento en aquella expresión embrionaria suficiente, sin la cual sería inimaginable su consolidación histórica, sin duda mudable en los aspectos humanos, pero permanente como don de Cristo a su Iglesia.

La debilidad de Pedro, bien puesta de manifiesto por la crónica del Nuevo Testamento, pone también a las claras que su ministerio obedece a la voluntad de Cristo: «Es precisamente como si, desde la debilidad humana de Pedro, se manifestara de un modo pleno que su ministerio particular en la Iglesia procede totalmente de la gracia; es como si el Maestro se dedicara de un modo especial a su conversión para prepararlo a la misión que se dispone a confiarle en la Iglesia y fuera muy exigente con él» (UUS, n.91).

Estas palabras del Papa revelan de qué forma la narración evangélica que hemos escuchado nos coloca ante el poder de la fe de Pedro, superior a su misma debilidad: «*Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes*» (Lc 5,5). La respuesta de Cristo a la fe de Pedro es la palabra de promesa que anuncia su futuro apostólico y su ministerio: «*No temas, desde ahora, serás pescador de hombres*» (v.10).

El Beato Escrivá hizo de su fidelidad al Sucesor de Pedro una nota distintiva de la Obra; y las palabras de Cristo a Pedro no dejan de aplicarse a su propio ministerio apostólico como verdadero «pescador de hombres» que dio al laicado católico unas pautas de santificación apropiadas a su condición eclesial. La secularidad es el ámbito donde, en efecto, los laicos tienen su propio tajo para la consagración del mundo, forma suprema de cultivar la tierra y hacer fructificar en ella la salvación, siguiendo el mandamiento del Señor a Adán, que hemos escuchado en la narración del Génesis.

Pastores del pueblo de Dios, los ministros del Evangelio son asimismo pescadores que sirven a la santificación del laicado para la consagración del mundo. El afán de ganar almas para Cristo motivó la obra apostólica de los grandes pastores de la Iglesia, santos que se lanzaron a la gran aventura misionera y apostólica que les colocó ante el mundo con la vida expropiada y generosamente entregada a los hombres por amor a Jesucristo.

Concluimos volviendo nuestra mirada a la Madre venerada en esta ermita que nos reúne. La fe católica del Beato Escrivá hizo de él ferviente servidor de los papas al mismo tiempo que amante siervo de María. Su piedad mariana ha encontrado en múltiples manifestaciones sucesión en la obra de sus hijos, pero sin duda alguna que la piedad mariana del Beato Escrivá ha quedado reflejada de modo especial en su predilección por el rezo del Rosario, que él tan bellamente comentó, y cuyas tres partes fueron desgranando los romeros de aquel 2 de mayo de 1935 como preparación, homenaje y despedida de la Madre venerada en la ermita de Sonsoles bajo esta advocación de siglos en estas recias tierras de Ávila.

Que esta eucaristía que ahora celebramos en este santuario mariano, al que él acudió fortaleza nuestra comunión con Cristo y por la intercesión de su santísima Madre acrecienta en nosotros la comunión con Pedro y con toda la Iglesia, que el Señor Jesús quiso una sola como un solo rebaño bajo un solo pastor.

Santuario de Sonsoles
19 de enero de 2002

✠ ADOLFO GONZÁLEZ MONTES
Obispo de Ávila